

*"¡Ah, los laberintos! ¡Ah, los símbolos! Al final de cada año me hago una promesa:
el año
próximo renunciaré a los laberintos, a los tigres, a los cuchillos, a los espejos. Pero
nada
que hacer, es algo más fuerte que yo. Comienzo escribir y, de golpe, he aquí que
surge un
laberinto, que un tigre cruza la página, que un cuchillo brilla, que un espejo refleja
una
imagen"*

Jorge Luis Borges.

"Habría tantísimas cosas que aclarar". Una hora más tarde un brutal puñado de balas te arrancaba la existencia. Con los pedazos de tu carne incrustados en el paredón, toda explicación, que ahora holgaba, quedó trunca. Tampoco el fiscal la necesitaba, ni la quería. Había preguntado como parte de la vergonzosa rutina que comenzaba en Seguridad del Estado cuando tras un metálico y escalofriante portazo a tus espaldas, ¿recuerdas?, la deshumanizada maquinaria del aparato político iniciaba la aniquilación.

Te extraño todavía, compañero. Aún me parecen cercanos los días en que me llamabas Plasaola, Zabala, o el primer nombre -nunca el mío- que te cruzaba por la mente preclara, entre las más altas que haya dado nuestra nación: para ti, embebido en tu ciencia, repleto de luceros -poesía de tu astronomía-, de simbología matemática, de disquisiciones físicas, de tanto garabato científico cuasi exacto que apenas soportaba tu cuerpo escuálido donde sólo el brillo de tus ojos era gigantesco, los nombres eran lo de menos.

Muy temprano en la mañana de aquel día en que el fiscal te haría la pregunta de la que no deseaba la respuesta, te hablé -no sabía cómo y lo dije sin más vueltas- de prepararte, ¿por qué no?, para un posible viaje sin regreso "hoy se develará, para mí, esa gran psiquis" me respondiste, escueto. No es una psiquis, es un corazón, rojo, bien rojo el que se abalanza hacia ti, y te alza, tras latir y sufrir como Padre. Lo fue cuando tu explicación quedó crucificada en los fosos de la prisión. Después me pediste -no tenías ninguno, ¿para qué lo querías? -, un pañuelo. Cuántas veces he pensado que, si no te lo robaron ya muerto, te fuiste con mi inútil pañuelo, en tu bolsillo, al cielo.

Hace 23 años de aquel día y es la primera vez que lo converso, y que confieso que Gitanilla

e Indiana surgieron allí mismo, escritas, camarada, sobre aquel pañuelo: son una misma

carne y un mismísimo hueso; son aquellas dos un mismo y repetido cuento. Pero habría

tantísimas cosas que explicar, Aurelio, y tantísimas más que añadir para entender cómo

han llegado ellas hasta aquí... Tú y yo lo sabemos, compañero, que un milagro, pequeño

--¿has tenido, tú, intervención"-- tuvo que haber salido de la voluntad de ese corazón de

que te hablaba. Pensando en ti una vez más, hermano, tampoco daremos, ahora, explicación.

Sólo, y esto para ti, que cuando hace muy poco fui a podar, a remendar, arrancar de mis

cuentos algún repetido cristal, Borges me detuvo la mano y el cuchillo, y el cristal y el

brillo se quedaron en el mismo lugar.

Indiana

*Como brusco, asustado venadito me aparece
surgida entre las piedras de Tenochtitlán,
Chichén Itzá, Paramonga, o Chavín,
la acentuada, delicada silueta de la indiana.
La veo, bandada de trupiales,
llenando de color en alas, manchando en bronces
los tupidos bosques,
de lo no indio virginales.*

*iMujer!: Y es ella quien atrapa.
iMujer!: Y no hay para mí otro paisaje
agreste e indomable
que el indoamericano.*

*Altiava, me corona el Chimborazo;
grácil, es un mimo de espumas en la quebrada costa
donde la tierra vuelve a los mares las espaldas
para empinar al cielo su anhelo de montañas;
heroica, es ella un femenino guerrero de esperanzas:
fecial que clava su pendón de auroras anunciando,
más allá de la paz y de la guerra,
de triunfos o reveses,
laurífera victoria:*

*y se me vuelve brisa, colibrí, vencejo,
ocaso fiero,
o languidez de palma:
se me vuelve, América, tu beso.*

*Un año
un siglo
un para siempre
a la mía
a la nuestra
indita americana:
a mi brusco, asustado cervatillo,
de soles y de lavas.*

*"No habría poema más triste y hermoso
que el que se puede sacar de la historia americana.
No se puede leer sin ternura,
y sin ver como flores y plumas por el aire,
uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino,
que hablan de la América de los indios."
Martí.*

*Sin más colores ni plumas que el fervor,
sin otro pergamino que el cariño,
por historias cuentos,
un libro que no es viejo
al indio americano:*

I. **Punteados bronce**, desmenuzados pedacitos de la luz,
salpican el negror profundo de la noche:
como si al sol lo hubiesen destrozado al caer entre aguas
y
convertido en bruma de dorados polvillos
saltase de nuevo al firmamento.

Muchas veces se ha preguntado la indita si no será el cielo una grandiosa cueva, de
paredes muy negras, que luce en galas oros incrustados, oros que aletean, y a los
que el

hechicero de la tribu ha dado por llamar estrellas.

Una extrañísima antorcha ilumina los espacios cuando el gigante entra para
arrancar esos

trozos con sus manos; sólo que entonces la misma luz esconde los tesoros, les
ciega astuta,

aquel jayán recorre las alturas sin conseguir un brillo. Bien sabe ella del rastrear
inútil, lo

aprende a sustos, que a cada ocaso revisa en sobresaltos todo el cielo por ver si
falta

alguno... ¡Y qué respiro cuando los ve intocados!: vive en angustias imaginando que
el

gigante consiga una antorcha más pequeña y hallando los dorados escriba huecos
tristes

allá en lo alto. Por eso, cuando bien temprano en la mañana queda un lucero
orlando el

horizonte, ella vocea y salta para que el eterno buscador distraiga sus afanes y no
lo

encuentre; termina fatigada, pero contenta de haberle rescatado: queda el fulgir;
ella ha

salvado la temeraria piedra de amarillos.

Antes le preocupaba que cuando fuese vieja no pudiera brincar, ni dar sus gritos.
Pero

después pensó que entonces tendrá nietos y le enseñará a rescatar estrellas del
odioso

buscar de los gigantes. No sólo hay estrellas doradas, altas, ¡que hay estrellas
verdes!:

lucecitas vistosas en los mares. Y qué lindo brillar cuando las olas enseñan sus espumas y

entre ellas los luceritos surgen como hojas de arbustos. No podría afirmar cuál esplendor

es de más lujos: si el de alturas o el de aguas itodo es tan bello!

*La balsa, repleta de paciencias,
se abandona a vientos y corrientes.*

Sin prisas:

se diría que con el peso

de alejarse de las tierras

que atrás dejan

en busca de otras tierras.

Las maderas

uniditas por lianas y por cueros

van llenas de esperanzas,

de esperanzas tristes,

de esperanzas risueñas:

es triste abandonar el sitio

donde reposan tantos muertos,

donde el sudor se hizo semillas;

pero habrá otras semillas de surcos paralelos,

y cada muerto va en los indianos pechos

impulsando anhelos del promisorio reino

en donde las montañas alcanzan a las nubes

con ríos tan anchos que es preciso

que transcurran

lunas y lunas al cruzarlos,

y animales de delicadas carnes,

y brisas nuevas,

y frutas abundantes colgando eternamente

de las ramas

que arquean

con su peso;

lagunas de zafiro que no han sido

surcadas por las barcas.

Es necesario saber de todo ello para no flaquear: es tan inmenso del mar, tan oscuras sus

olas como montes, tan solitos ellos hace ya tanto -- han perdido la cuenta de las lunas--.

¿Y si al invisible gigante de los oros se le antojara, surgiendo de las aguas, tomar la balsa y

lanzarla al aire? A ella, en secreto, el brujo le indicó que de ocurrir aquello quedarían

cambiados en nubes y en estrellas. Sin embargo, añadió que nada ocurriría (y entonces

reveló su gran misterio) porque aquel gigante no existía.

Sin prisas,

como en juego

--el apacible juego de la historia--

va la barca con su carga de las paciencias,

y en ella

una indianita

alienta fantasiosa

ingenua

alegre

seria

a los remeros que van a la conquista

del pico gigantesco

del árbol eternamente frutecido

del intocado lago:

van a golpear con los cansados troncos

en el vientre

bajo

americano

de un continente

que el hombre entonces

aún

no había habitado.

Ni el gorrito blanco que apellidan polo estaba ahí; II.
ni la tierra tan inclinadita;
ni al Asia y a la América las había separado una grieta de aguas,
hachazo en los azules que hoy, prosaicamente, llaman el estrecho de Bering...
¡Cuánta abigarrada confusión de vocablos e inútiles fronteras!
Entonces no era así:

la tierra era una sola,
sin linderos,
sin repugnantes delimitaciones de lo mío y lo tuyo;
y era fértil,
ubérrima,
sembrada de pasmosas flores y árboles de todos los colores:
con arbustos en malva de raíz a copa:
sicómoros añosos cuyos troncos y ramas en índigo esplendente lucían,
contrastantes, albares aves de trinares indios:
la yerba ostenta gualdas que mordisquea el antílope a su antojo. Yervas tan altas
que el
gavial y el yak desaparecen en su umbría, o aun el hombre cuando cruza sus
fulgores
hacia el reinado del jade y el quetzal:

TAMOANCHAN,

la tierra de la vida nueva
que Cipactónal --la india visionaria--
vislumbra en el destino:
lo había ordenado – dijo-- Nappatecuhtli
el dios de los cuatro rumbos de los mundos,
de juncos y rosales:
"Quedarán separados en naciones, por un
pozo de espumas, al apuñalar el cielo
aquellos prados."

Y parte el indio,
se apresura, huella un camino antes de que la hoja de obsidiana
rasgue y se hunda en la oscura cadera de su orbe.

*Tiemblan los fundamentos mismos del planeta
que a la furia espantosa de aquel golpe, estremecido, cambia su eje,
se desdobra,
mientras las aguas le cubren la hendidura abriendo las distancias:
salta el gorrito de las nieves
y tras el indio corren los hielos cerrándole, a la espalda, los senderos.
Ante él, el formidable espinazo americano:
andar de siglos hacia el imperio náhuatl, la antilla, o la incásica cima.
Jalonando de arawacs y de chibchas, van al encuentro dos indianas:
Cipactónal recoge en su regazo a la indiecita bella, la del gigante de oros.*

*Bien pudiera haber sido el efecto de aquel salto mortal
III.*

*cuando atravesaron el espacio con las barriguitas erizadas,
o el natural aturdimiento por el chocar violento;
pero después que los cristales de la lluvia se volvieron a encontrar, ahora en el
suelo,
rota la nube, que es colgado recuerdo, el mundo les pareció al revés, parado de
cabeza:
hundiditas en ellos, le besaron a la niña los regordetes pies
-- dos flores apretadas de pétalos inquietos--;
las piernas no, no alcanzaban las espigadas piernas;
ni mucho menos, coronándolo todo, lo primero que ellas veían desde el cielo:
la cabecita con sus mechones negros y lacios:
desde la indiana cinta,
desprendida cascada.*

ARAUCANITA,

*triste,
acuclillada,
sus rasgados ojazos otras nubes goteando
las salobres congojas en el espacio de aquel charco:
cada lagrimita, al caer, remedando azogados corceles que galopan
en el agua de vidrios; para luego, chatitos, acostar en ella crines y cascós.*

*A su Caupolicán
le tienen prisionero
los hombres tan extraños:
blancos como la nieve inalcanzable de los picos,
malos como la zorra que arrastra sus flaquezas tras el puma.
Caupolicán hermoso
a quien tantas noches, a la lumbre, le escuchara historias de los indios:
entonces le parecía brotado entre las llamas de carmín
al relatarle, de otros, las leyendas
que él convertiría en vida: historias no narradas: ilas narraría ella!*

*Retumban los tambores
cuando se calla el bosque*

y en los picachos una grieta espantable grita su duelo:

*el gran mapuche está aprendiendo la saña de los blancos,
el blanco está aprendiendo un temple indiano;
no hay un lamento
porque hay alguien más duro que los miedos.*

Se inclina Araucanita;

*rompe,
con el gracioso cuenco de su mano,
el espejo del charco
y bebe
mezcladas
las gotas puras de dos llantos
--suyo y de nubes--;
se alza, y ligerita,
va la plumita india
rasgándole senderos a los montes.*

*Y al volar nuevamente a lo alto la lluvia de cristales, afirman que una nube,
de púrpura ropaje, teñida en sangre de caupolicana espuma, les contaba:*

"Entre picas y lanzas y mosquetes

cruza la niña;

y sin que nadie pueda ya impedirlo

se aferra al coloso moribundo:

cándido beso-- el beso de los lirios a la aurora--

*llega a cubrir la queja del guerrero,
la única queja de aquel gigante ajeno a sus dolores:*

el lamento por quienes ya no podría acaudillar...

a su antiguo modo...

pero,

ahora lo veía,

¡había otra manera!...

y la angustia se le ha vuelto sonrisa,

*sonrisa que no borra la lanza que atraviesa el cuerpo de la
indita:*

ella era su laurel,

ella su herencia:

centuplicada raza, toquis copiosos, le vengarían...

Araucanita,

laurel inmarcesible

y victorioso

de frente americana”.

Eso han narrado, al viento, las gotitas.

iNo haber palpado el rostro amable de la Luna!

IV.

Tan alta que ave alguna la roza, ni aún el cóndor.

Dicen que hay un chisporrotear de arenas a su lado:

son más que las interminables legiones de los indios.

Añaden que allá arriba hay un gran manto, como el del inca, pero sin pliegues:

un manto sin medidas. Eso ella bien puede imaginarlo;

como puede pensar las motas que le han contado de algodón

-- lo ha tocado--

correteando los cielos,

aunque sea ciega,

aunque nunca haya entendido bien qué sea el no

ver:

¿Tendrán algo los otros que a ella le ha sido denegado?

Dicen que las gentes no tropiezan, aunque cambien las cosas de su sitio,

como le ocurre a ella;

ver será eso: no darse golpes.

Si no mudasen nada, si no cambiasen las piedras, ni morteros, ni cacharros,

tampoco ella entonces chocaría;

y entonces, sin tropezar, vería.

¿Resultará así?

iSon tan brutos que no le saben explicar en qué consiste ser, una, ciega!

En el bosque ella ve:

conoce cada arbusto, las vueltecitas todas del arroyo;

acariciado cada flor, y comido los frutos,

y se ha trepado para ver cuán altas son las copas de flamboyanes y de encinas.

Ella cocina como las otras indias, y acarrea la leña,

y va a lavar al río,

... tan sólo...

*... en eso debe consistir el ser **UNA INDIANITA CIEGA:***

*en apenas saber nada de la
Luna.*

*Lo asegura solemne el viejo indio
con su crujiente voz como de cuero duro
a quien muchísimas vueltas de la luna
le han besado el plumaje autoritario, regio.
Solamente Haika supervive, de aquellos
que lo vieron:*

*Era una noche negra cual la insondable cueva de Ikat Parú;
era una noche extraña, noche suntuosa, con increíble luna flotando en manto
oscuro.*

*No se habían dormido los indios;
sin saber el porqué, estaban las lumbres todas
encendidas;
y en su trono,
expectante,
tenso,
se diría que en guerra,
el incásico pueblo.*

*Primero fue aquel grito,
luego aquel dedo apuntando hacia lo alto:
la vieron desprenderse,
sacudir el cielo,
temblar hirsuta,
abalanzarse hacia los montes...*

*La gigantesca
rueda de plata
se detuvo
blanda
frente a la indita:
¡la Luna!*

*La supo,
la sintió,*

*y se abrazó a su Luna:
como en el árbol,
fue en busca de su copa;
y encaramada entretejió, gozosa,
cada rayito en su infantil codicia.*

*Era un águila fantástica de luz
cuando abrió sus alas por remontar el vuelo.*

*Y asegura el viejo
que ya en lo alto la brillante esfera
a la indianita se le oía la risa de sus ojos:
¡Ya no era ciega!:
serlo es no verla,
es no palpar su rostro tan amable,
serlo es apenas saber nada de ella,
y nada más que eso...
¡Y ella la abrazaba!
Ella
a horcajadas
cruzaba por el cielo
llevándose la Luna en la mirada.*

V.

*"Yo perforó esmeraldas,
yo oro estoy fundiendo:
¡Es mi canto!"
Totoquihuatzin.*

Era una india extraña:

*de pestañas como la oscura liana de los montes
en que el sol no penetra;
la pupila húmeda de musgos,
y el corazón de lavas;
ardiente el pecho y la palabra que parece acariciar las cosas al nombrarlas:
su voz era un susurro
si al colibrí apresaba en la
armonía de su canto;
vitrificaba al ave, la hacía obsidiana;
y en cambio, al hacha le desnudaba el pedernal,
y por verla sutil
le daba alas, mudada en pajarillo de cristal.*

Para ella el arroyo era un celaje

*arrancado a Papáztac,
señor de las espumas;*

para trocar en natas

el airoso rizarse de las nubes:

*el osezno era un dios,
como los dioses pumas;*

y de cóndores poblaba el seno de los mares;

coronando las cumbres de planteadas escamas,

de turquesas
de núbiles doncellas,
de princesas.

Coral de caracol

llamaba a las cárdenas llamas de la lumbre;
y recamaba en fuego al colorar,
en verso,
la concha virginal.

Al indio no: para ella es indio,

como la guerra... ¡Guerra!:
Indiano era un vocablo que pronunciaba con unción,
cual si elevase
al sol,
en Teotihuacán
sacralizado rito.

Jugaba con los filos de la luna:

brazalete de luz en el moreno brazo de la noche;
ensartando esmeraldas en el hilo armonioso de su canto
toma una sierpe y la pone de broche a la montaña;
de rodelas y dardos hace un collar
con que adorna el abeto;
dibujando de lluvias
los vistosos plumajes del quetzal.

Más el Indiano nunca fue sino él,
como la sangre... ¡Sangre!:
un himno de fervor.

Era una india

como extraño modo
de llamar las cosas.

"Que era como la torcaza y la palma real"

VI

*De talle leve,
linda como son las princesas de leyendas
era Higuemota
la hija del rey indio: linda y alada,
contrastaba con aquel español de pedernal
que hollara
armado de ibérico pendón
las vistosas espumas de la playa.*

*Arribaron en naves
tan enormes
que las piraguas parecían diminutas arenas;
y tan absurdas telas encaramada en los palos
que los vientos, furiosos, intentan arrancar las con sus manos.
Serán seguramente sus vestidos:
esas gentes se cubren con tantísimos trapos
que ni a los barcos le permiten desnudeces;
y es,
Higuemota lo intuye,
que hasta a los seres de madera les tienen que cubrir el alma.*

*El ropaje es eso:
que no delaten*

*-acusadora de maldad-
la carne.*

*Ahora es que los sabía,
cuando llegaron no:
es noble el indio,
curioso sí, curioso nada más;
por eso acudían a tocarles, al comienzo,
aquellos gorros duros-plumajes de metales-
y las armas que desde lejos matan tan sólo con su ruido,
y los cueros para cubrir sus pies
-vaya manía la de taparlo todo-.*

Curioso, aunque muy noble, si es el indio:

*Behequíó, su padre,
les había abierto sus brazos y sus casas,
su miel y su maíz, el líquido tesoro del cocal
y
iay!
las fuentes de los oros
y
iay!
las indias...*

*El propio Behequíó
la había desposado
al español;*

*es verdad que era hermoso como un indio:
la piel de soles, oscuro como ella,
el pelo lacio y negro
-muy negras cabellera y el alma-.*

*Ahora es que lo sabe,
cuando llegaron no:
fue en aquel día en que Higuemota encontró-él se reía-a sus hermanos en cadenas:
les vio, infelices, morir por el maldito río,
por la maldita cueva,
por el maldito oro
del río y de la cueva;*

iy cómo le pesaban

*a ella
los grillos que veía
arrastrando las piernas!
Se morían sus indios,
y se murió su padre de odios y tristezas.*

*Y de aquel puñado que quedara
se sintió, Higuemota, que era su reina;
y nunca fue tan bella ni tan fiera;*

*¿por qué iba íél! a reír, si ya no lo podía ni ellos ni sus padres?
En el lecho le dejó la risa prendida con su sangre.*

*Y al grito de Higuemota
conocieron los indios de la guerra:
era un puñado,
descomunal puñado de heroísmos que enfrentó
el arcabuz
con las terribles manos del esclavo que no quiere más serlo,
que no es, ya más, esclavo.*

*Murieron de manera diferente:
ide plomo y no de oro!*

*Murieron enamorados, orgullosos:
jamás tan hermosa su Higuemota
que con su leve talle destrozado
por el maldito brillo del río y de la cueva.*

VII
día,

"Son claros y buenos como la luz del
e inofensivos y sencillos como las mariposas".
Las Casas.

En marrón fuerte

el buril le labra antojos de cristal.
Aletea sus sedas colocando,
al posarse inquieta,
titilante mantilla al malva Jasmín del Paraguay.

Aún crisálida

persiguió la indita
al regocijado abrirse,
su primer fulgurar en timidez;
y el argentado vuelo:

polvillos que tropiezan,
asombrados,
cual una infinitud

-ella un puntito en almirez de bronces

-

de luces y de mieses.

En un mismo jardín cuajado de amarantos

que nadie,
sino el Sol y el salpicar que un cántaro de arroyos roba a los vientos han cultivado,
enredan,
entrecruzan invisibles hilillos de alborozo,
mariposa y niña.

Yapec se llama ella,

y por lo tanto
-las niñas se enamoran de sus nombres-
Yapec será el animalito.

La llama:

-Yapec

¡y viene!

(al menos obedece a su voz cuando acompaña al grito,
entre sus manos,
de terciopelo y cresta rojo amaranto).

Que no se marchitan, dice del indio, que son inmarcesibles...
Y se beben el pétalo y el polen,
y de corolas forman la encarnada cuna,
¿para qué dos,
si son ya una?

Hace años de años,
vetustos y barbados siglos,
en algún secreto
escondido jardín
de algún lugar,
que juegan entre rosas,
amarantinas flores
y jazmines,
Yapec la niña
de castaño y de vidrio -que son ya una-,
Yapec la mariposa
de marrón y cristal.

"ARA, que no quiso querer.."

VIII

*El roble áspero, ferviente,
tiende sus ramas como un dios:
erguido,
abrupto,
se desentiende de las flechas que Aac,
con rabia incontenible,
le encaja buscándole la entraña.*

*Imponente en el bosque
es aquél árbol, por su talla
indiscutido monarca de los verdes;
cual Chaac, hermano de su sangre, entre los indios.
No es el roble lo que buscan sus flechas:
es que aquél árbol prepotente le recuerda al hermano...*

*Chaac es fuerte,
guerrero osado,
ninguno le adelanta en lo bravío
ni en la astucia*

*ni en la destreza
le ha visto derrotar al puma, apresar al cóndor;
y vencer en la lid al más peligroso contrincante: al
hombre.*

Y aquel pecho...
aquel abierto pecho
el pecho amplio donde reciben, todos, regia acogida...
Ninguno que no le ame,
le aman y le admiran
...Ara también...
aunque lo niegue ella:
bien ha hablado la india de su amor por Aac,
hablado tiernamente,
con el susurro de las sombreadas aguas de los
arroyos;
pero Aac cree haber sorprendido
inexplicable languidez en la mirada
con que envuelve a Chaac.
Ella tiene llamarlo como lo aman todos,
o casi todos,
porque Aac...

Y acaricia el arco, regalo del hermano,
el arco que requiere la fuerza de diez osos manejarlo:
pasa su mano sobre el hacha de obsidiana, envidia de cualquier guerrero,
que le había labrado también él:
y aprieta con firmeza el carcaj arrancado al enemigo --isiempre Chaac!--
y que después guardara, ahora él, con extremado celo sin saber el porqué:
carcaj y flechas.

-iChaac!

Y el grito rezongó por el bosque:

parecía venir de todas partes
pero Chaac lo adivinó a su espalda:
ya rajaba la flecha los espacios cuando sintió la voz, y ágil, instintivo,
se movió sintiendo cómo se iba extraviando la muerte por el bosque:
aún de espaldas blandió la lanza, midió por el sonido la distancia,
y cuando fue a volverse se contuvo: había conocido la voz y el arco,
el tensor aquél...

Sin volverse se irguió,
ausente,

*abiertos los hercúleos brazos,
fabuloso,
como aquel roble...
... ¡El roble!...: y se le confundieron, a Aac, árbol y hermano.*

*No esquivó Chaac segunda vez.
Cayó pesadamente,
como lo hacen los árboles muy viejos.
Cayó de bruces,
como suele hacerlo los guerreros.*

*Llegó a la plaza,
con él en brazos,
y fue un rugido atroz el de su pueblo:
se levantan mil puños como truenos,
illoraban al igual que niños los más fieros!;
los niños no,
los niños se empinaban
porque no les estorbasen el ser ellos soldados de venganza,*

*Le arrancaron la flecha de la espalda
y la tendieron hacia él:
-Véngale Aac. Es la ley maya.
Venga a tu hermano.*

*Y solemne jura,
porque es inviolable ley entre los mayas,
dar muerte al asesino de su hermano.*

*Llorosa encuentra la anonadante belleza de su Ara
que le mira profundo
que lo llora mirando.
No hay en ella el aspaventoso revolverse indiano ante la muerte,
sino quietud:
es su aflicción de suave reciedumbre.*

-Amada Ara...

-No es necesario, Aac, no digas nada,

*no con tus manos tan manchadas.
Durante muchas lunas he rogado por ti a nuestros dioses.
Yo te ame mucho.
No es que no te ame... Tú no vas a entenderme...
No le vengues, Aac, que no sirve tu muerte;
pero has jurado sobre su sangre,
y vivir ya perjuro...
Adiós, amor; no quiero, más, quererte.*

-iAac!

*El grito rezongó por el bosque:
parecía venir de todas partes
pero Aac lo adivinó: ¡el roble!:
el roble áspero, ferviente,
le tiende sus ramas como un dios:
erguido, prepotente, se desentiende cuando Aac con rabia incontenible cuelga de él
--porque es inviolable ley entre los mayas—
sus venganzas.*

*Imponente en el bosque,
es aquel árbol, por su talla,
indiscutido monarca de los verdes,
se lee en él aún con caracteres de leyenda indiana:
"Ara, que no quiso querer".*

IX

Cuando por primera vez le saltó a la vista

(la sacaban del buche de aquel barco) rio

aterrada:

era comiquísima y terrible,

un monstruo que resultaba en gracia.

Ella y su dueño,

dos agradables espantajos:

la traía un españolito viejo

de piernas retorcidas y una colina en las espaldas;

ella, amarrada a un cordel,

regaba sus ariscas piruetas entre los pantalones de los marineros

por todo el muelle,

entre los sustos de los indios que huían espantados:

no imaginaba nuestra indita

*lo que fuese **UNA CABRA.***

Después se hicieron amigos,

el jorobado y ella;

la cabra no,

que no gustan de familiaridades

los tan fantasmalmente graciosos animales.

Ambos usaban unos pelos debajo de la boca;

sólo se diferenciaban en dos patas de más
y en que a ella --iy resultaba inaudito!--
se le salían unos huesos retorcidos de la frente;
iy qué bien los usaba!:
icúan dolorosamente indianita lo había aprendido!
A él el hueso, enorme y redondeado,
le crecía en la espalda.

Nada estaba seguro:

ni hechizados collares --la magia no lograría afectarla--,
ni aretes, pedacitos de tela, mariposas ni piedras,
ni por supuesto, los sembrados.
Un día, derrotada indianita por el sueño, bajo un árbol,
comenzó a comerle los cabellos;
si no la hubiese despertado con un doloroso tironearle del pelo,
hubiera resultado la primera indita calva.

-Tira pa'l monte

--advertían todos de la cabra--.

Y del buche del barco
sacaron, además,
unos erectos hombres (por dentro las jorobas)
amarradas a látigos y espadas unas crueldades.
Sin patas, y sin tarros, y sin comicidades.
Cuán seriamente aprendían los indios
de aquel hueso apretado en el pecho:
idel rojo hueso que le aceraban,
al extranjero,
sus perversidades!

-Tiró pa'l monte

arrastrando, de la rebelde soga,
indita y jorobado.

*El hombre blanco hablaba de un caudillo portentoso
que en medio del guerrear detuvo al Sol;
y, sin embargo,
prodigio a un mayor había acaecido
desde que le destinaron a las minas:*

*La noche estaba sostenida en su lugar,
inmóvil,
petrificadas sombras.
No existían, como antes, las vueltas de la Luna
que, clavada en los aires con españoles hierros,
le miraba
anhelante
cada vez que brotaba él de otra noche más negra:
la que imperaba en la entraña de la tierra.
Y el hechizado disco quedaba allí amarrado
mientras él
se hundía
nuevamente
en
la
gruta*

*infernally mente
honda
insaciada
cruel*

para arrastrar las piedras con el alma (que las antiguas fuerzas terminaban).

Bien había indicado a la hermosa

Xochitl

*cuando el latigazo resquebrajaba el sueño apenas comenzado,
implorase a Xiuhtecuhtli,
el dios del tiempo,
soltar al Sol,
que sin su fuego se iba pegando al hueso cada carne.
La india también languidecía;
pero sospechaba ser el lloro por su hombre
lo que iba marchitando la belleza indecible de su amada.
Cual el suspiro escapa en arrebol*

se le fugaban ambos a la vida:

*ella, cerval, entre los montes:
el, ¡ay!, de piedras se hacía mineral
mientras un rostro dibujaba el trecho, insoportable,
de aquella carga que borraba*

--con la frente tiraban

los indianos de ella—

la estrella entre las sienes.

-¿Verdad, Xochitl, que el Sol existe?

-Lo ha escondido el español de ti, amado;

tampoco yo lo veo:

*acaso sea mi llanto o la maldad, oscura,
del que te entierra en vida:*

nada sino la Luna resplandece

en los instantes en que puedo dar alivio a tu penar.

¿Lo demás?: No sé, no sé si existe.

-Lo necesito, vida: su color, su luz.

Es todo tan triste, tan de sombras.

Fue una noche larga,

sin quebrar de sueños:

no hubo restallar;

y el látigo,

ausente a quien no lo iba a aferrar ya más,

descansaba de la horrísona voz que acompañara su chasquido.

Ni el mayoral, ni el amo

ninguno iba a ordenar la faena de aquel día:

la afilada venganza de Xochitl

había desatado los hechizos al hacer presa en sus gargantas...

¡El sol!

y un tibio aliento recorrió los huesos

forrados en el tenue milagro de las carnes hastiadas.

La vio caer, al afirmarse en sus pechos y vientre, bramante, el arcabuz.

La vio caer sin importar ya nada

ni la luz, el ladrido del perro, el látigo olvidado; ni las grietas, vacías de los hombres;

que nada iba a importar a quien moría.

¡Es todo tan brillante!

cual un sueño que nada pudiese importunar.

Xiuhteuctli, el dios del tiempo, meditaba.

*Cuguarcay, bravío reyecito,
XI*

no sabía matar.

Juaiya le enseñó:

*le tomó, como se hace al pajarillo,
regalándole el bosque, la espesura,
a sus alas de niño.*

La india conocía que para oprimir la lanza con la mano segura

*hay que sentir el amor o el odio sembrado en las
entrañas;*

¿por qué no ambos?

Le hizo libre

para después mostrarle las cadenas: cuando no se soporta ya llevarlas.

En el monte aguardaba un primoroso nombre:

CIMARRÓN:

Y Juaiya se lo arrancó a la conquista;

*no quiso convertirle a la española manera de servir a un amo con
corona,*

*que no por esplendorosa lo era más que aquella despojada a
Cuguarcay:*

*los reyes deben serlo aunque les usurpen sus dominios:
reyes del cielo, de las aguas,*

*y de los hombres como mar y firmamento que no acepten el
yugo.*

Le forjó Guerrero.

*Se empinaba el niño entre los hombres:
su lanza era del peso y del tamaño de las otras,
y la esgrimía diestro:*

*al venado, con el hierro traspasándole la vida,
no le importaba que hubiese sido un pequeñín quien la
avanzase.*

*Aprendió de ella a llorar de rabia por lo injusto,
y a borrar el llanto al vindicar la ofensa:*

*de Cuaicar los usos del guerrear,
de Juaiya los motivos.*

¿Temblar?:

*Tiembla la tierra, y al trepidar, sacude y mata.
Iba al frente en la obligada marcha,
y al frente en el honor cuando sentía que el deber llamaba.
Bebía del rocío de las rosas,
para que al pecho le creciesen las ternezas;
y el fuego, de los soles,
para hacerse la piel un broquel de crudezas.*

*Un reyecito bravo,
bravío reyecito cimarrón
cuando aquel día vio la macana
asida por la envidia
y no supo permitir que a un indio
le segase el existir
bajeza de otro indio;*

*e interpuso su voz
y se interpuso él,
¿qué para qué se es rey,*

*si no es para bregar por los
hermanos?
Después, herido entre las yaguas,
le pregunta a Juaiya las razones del indio,
y no qué hacer con las vilezas,*

sino en un sorpresivo giro de las cosas inquirió que hacer por él.

- *Está desesperado, Cuguarcay, mi hijo,
¿qué exige la grandeza?*

- *Perdonar. Y que le abrace;
que repare con amor cuanto ha ofendido.*

*Era un puntito más entre el bosque,
trepaba la ladera como un trino se eleva por los aires;
indiano cascabel con su bullicio,
no le era dable a la desesperanza, ni al desánimo, prender en él raíz:*

isi eran libres!;

si existía el cocal,

y los maíces desgranaban un áureo manantial

entre el blancor de los hambrientos dientes de los indios;

y el algodón regaba sus vestidos, y si faltara lo pondría el sol

y la noche el frescor como un alivio;

si se forjaban a la lucha,

y llegarían guerrear y reconquista;

*si aquel pedazo virginal extendería sus fronteras de verdes y platas
cuanto ensanchasen entre flechas y lanzas los corajes.*

*Vibrar de anhelos, apresar el libérrimo modo de vivir, abrirse en aras,
perderlo no podría;*

y para ello,

lo repetía Cuguarcay con el mirar velado, sin sonrisa,

habría que matar

--palabra de Juaiya--.

No hubo ninguna tan hermosa entre las nacidas de los hombres:

elástica,

de selváticas fragancias,

su brutal derroche de armonías fue el signo de Iztayul ,

el que la quiso más que al fragor de los combates:

la amaba total, absolutamente, sobre toda las cosas,

como sólo lo logran aquellos solitarios

a quienes el alma les trasvasa los contornos mortales:

los del guerrear insomne y espíritu rebelde que vuelca

en la hembra las avasalladoras fuerzas indomables con

que la naturaleza ensaya, en algunos heroicos escogidos, los límites a que puede someterse un pecho

hecho de carnes:

*era de cielos el cariño que entregará a la india;
pasional,
ferviente:
vivió para adorarla;
mas ella despertó el apetito de los dioses.*

*Si alguna historia pudiera recoger la épica defensa de un cariño,
habría, entre todas, que escribir la de aquellos dos indios.*

*Júpiter pudo,
disfrazado de toro, raptar a la hija Agenor,
imitando a los de América que quisieron robar
a la bella **OLEUNOSCA** indiana*

.....

*Sus pupilas se quedaron fijas, obligadas por el constante alerta:
escondido bajo las formas del puma soberano,
irrumpió en sus predios el que rige los montes:
bestial, quiso hacer de la violencia el medio de tenerla.
Los bosques tiritaban (y no de frío) como cervatillos tiernos
a enfrentarse al dios, el hombre;
¿pero dónde encontrar mayor fiereza que en el celoso pecho enamorado?:
De la sangre del dios-puma se tiñó el ocaso, cuando cien chorros
brotaban por las cien bocas que escupían la saña del guerrero
buscándole la entraña.*

*De entre los vistosos anillos de la boa la libró
cuando el dios de la fauna, prendado de ella,
la envolvió en sus ansias. Saltaban los anillos arrancados,
para que nuevas vueltas reemplazasen lo cortado.
No fue sino la tea, ardiente, la que decidió la lucha.*

*La tromba, el río, el oso, el jaguar, el viento,
las mil maneras caprichosas de revestirse un dios,
fueron dejando en Iztayul la marca de su celo,
de su amor que se crecía tejiendo, en cicatrices, mitos.*

*Súbito, rapaz, incontenible, desciende el cóndor,
apresa a la india entre sus garras, remontando el cruel vuelo...*

Enorme,

*sus alas extendidas cubren el sol,
cada pluma el lecho de diez hombres;
y ante la rabia del indiano,
arquea sus giros ,
insolente.*

*De un salto ha tomado Iztayul flechas y arco,
apuntando al aire con la ira temblándole la mano,
su enojo envenenado busca al que rapta,...*

¡Da un vuelco el ave!

y presenta al golpe

el inerme cuerpo de la india...

A sus pies,

en ruido seco

le arroja

la beldad tronchada.

Y pierde el indiano todo freno;

se le ve correr desesperado,

dar golpes contra el viento,

gemir,

las tierras a puñados lanza en reto al firmamento;

toma una antorcha

*y prende fuego al selvoso abrirse de árboles grandiosos, centenarios, buenos,
porque los bosques no contemplen su agonía.*

Toma el cuerpo sin vida,

Y en justo rapto,

*se dirige a la cumbre sin cuidarse de tomar senderos ni esquivar guijarros en los
suelos ni*

el torvo árbol que le reabre sus heridas.

Llega a la cima,

y con sus manos,

comienza

entre los cielos

a excavar la tumba:

es portentoso el horadado abismo:

*cabrían las naciones en su seno;
y arrancando los troncos en raíces, prepara la gran pira de los
muertos:*

*amontona las selvas como pajas, y sobre ellas, se tiende con su
amada.*

La fantástica hoguera derrite roca y piedra.

*Se revuelve la encendida mole,
estalla en furias que golpean de los dioses mismos las moradas,
como cráter que esgrima sus venganzas.*

De un amor

en rabias,

se le cambia en lavas la nieve al Chimborazo...

XIII

*Pendón que engastan las arrancados plumas de un quetzal,
penacho ondeante, cacical, en desafío,
ásperos jades empuñando un verdor agresivo,
rosario de turquesas que al coral
su veleidoso abigarrarse
en imitar se empeña.*

Sobre airoso mástil

*hay, en Las Indias,
una panoplia singular:*

*curvosos sables,
cual si en racimos cundiesen, del oriente, los alfanjes,
o de verdín se hubiesen moldeado
cimitarras que
desfaciendo entuertos
tomasen las cumplidas cuentas al jayán del viento.*

Palma,
india y sensual.

XIV

*Tonacatecuhtli la amó;
o es mejor decir... se enamoró de ella.*

*La vio tendida al sol:
el armonioso conjunto de sus líneas en apretado racimo de lindezas;
tallada —dijo él— en la abrupta madera americana sin detalle al acaso...
e inclinó junto a ella sus fuerzas de gran dios:
no tuvo ya otro anhelo ni añoranza.*

*De madera...
--fue exacta expresión--:
de madera ella toda.*

*Los ojos ascuas
la piel de fiebres
en los labios tormentos...
Más ¡ay! era de estuco:
tantísimo afán embriagador al esculpirla
no había dejado lugar a la pasión.
Belleza de mujer triste carisma si belleza no más!
¿por qué eres trampa?
¿por qué no juntar en ti las más hermosas fuerzas de la
vida?*

*La vio tendida al sol:
y acaso porque mirada de tan lejos,
desde su lauto solio de estrellas y de fuegos,
no vio el adentro;
acaso
¿por qué no?
urgido por la imperiosa necesidad que del amor tenía,
o, iluso, quiso creer que para dos bastaba una ternura,
Tonacatecuhtli la amó en capricho.*

*No sabría decir qué era mayor:
si de aquel dios el arrebató pasional
que se afirma sobre todo otro sentimiento
o si,
en ella, el vehemente amor por sus propios
primores:
¿la amaba él más, o más se idolatraba ella?*

- **Xiquel**, mi vida es tuya;
mi dicha, mi calma, mi sosiego, oscilan en tus ojos:
pendiente de tu risa si tu mirada ríe,
soy de dolor si crecen tus enojos.
No temo confesarlo: ya no existo sin ti.
Metales no poseo;
ni mi imperio alcanza aquello
que no impregnen pujanza y movimiento;
pero puedo entregarte luz, que es cual oro,

*nubecillas en tersos algodones,
brisas, la diamantina lluvia,
los vividos tesoros que natura...*

- *¿Y ello para que?*

*No hay esplendor semejante al que pueden
prestarme las turquesas
fundiendo su color hierbas y mares
cuando anudadas a mi cuello realzan mi donaire.
Para el vestido hay que matar, y muerte quiero:
la piel que ajusta la silueta
persiguiendo los quiebros de mi cuerpo,
se la arranca el indio al animal.
¡Pujanza! ¡Movimiento! Tú me das risa:
¿algo máspreciado ni más quieto que la concha,
o el jade, la esmeralda,
o el rubor de un brocado
que fija el indio en increíble arte?
¿Y para qué tu amor? ¡Me tengo a mí!
Guarda tu luz y tu calor, tu lluvia y tu tronar,
y déjame una joya como broche, en el zarcillo,
ajustada a la pulsa:
lo que amo es la pluma y no el quetzal.*

Transido, pero altivo

*Tonacatecuhtli tornó a su cielo;
y porque no lo amaba la indianita
quitó su lluvia, de lo alto borró las nubes que dan sombra,
y no hubo tronar ni dibujó relámpagos su faz, el dios del alimento.
Y se estrecharon lánguidos los ríos:
corrían con desgano total
cual si los secos cauces del arroyo acusasen, sin más retorno,
la tortura de un vaciarse en el mar.
Y se agostó la vida:
en sequerales se cambiaban los sembrados;
ya no hubo maíz, ni flor,*

*y frágil el cacao denegó su almendra;
el animal, arisco, encumbró el monte por lamerle sus nieves.
El indiano, sin fuerzas,
abandonaba el rastro entre las rocas*

*famélico y hastiado
irritable
brutal.*

*- ¡Xiquel!
¡Xiquel fue el grito!
desgarrante, bestial,
y sobre ella descargaron su impotencia,
sus náuseas tan hambrientas:
las coléricas manos le arrancaron
sus alhajas, sus ropas;
destrozaban los dijes y pendientes
aterrados de ella.*

*Terrible posesión de los brazos airados
el rostro en contorsión
el puño amenazante:*

*desnuda la amarraron en la abrasante arena;
tributo que los hados ofrecían:*

-¡Se tiene a ella!

Y volvían la espalda.

*Se retorció la carne
se le agarraban los ardores;
y convertida en brasa,
en mueca,*

*la grieta de una llaga
larga,
terrible,
la enroscaba toda.*

*La amó él,
el único entre todos,*

*y le besó la llaga,
le devolvió sus sombras con brisas de sus alas;
abrió los diques celestiales
y en torrente
se dio la lluvia;
todo fue gris;
mordían las gotas con tal rabia
que los indianos
quedaron en sus chozas
tres noches
con tres días.*

Después, se acercaron al sitio.

¿Xiquel ?

*Cuentan que en el desértico lugar,
colgantes aún las sogas de las hojas crasas como brazos,
había un nopal.
A sus extrañas formas,
blandamente,
un cervatillo lamía sus espinas.*

XV.

*Saltaban,
cabritos en collados,
las manos de la india:*

*como entreteje la aurora en luz los desaliños,
o los polvillos asustados se encaraman por el haz gualda en refrescantes guiños,
la fibra va siguiendo los caprichos de un complicado ensarte:*

*gira,
se enreda,
intenta una maroma,
violenta se abalanza:*

y luego,
pudibunda,
se hace un nudillo en el rubor:
i primor de arte!

*Un encanto de jaldes va brotando:
apresados embrujos que la indiana,
en fiesta,
parece ir asiendo de los aires
para nutrir de formas los hechizos que surgen de sus dedos
cual si al espacio le cerrase una ventana
al crecerle **LA CESTA** entre las manos:
cabritos en collados.*

XVI.

*"Y remontando la espaciosa entrada,
divisamos unas como casas levantadas
en medio de las aguas.
Y porque semejaba una Venecia en
miniatura,
hubimos de nombrarla Venezuela".*

*Por añoranzas,
en tránsito,
sin saber si acaban de llegar o si van a partir,*

renuentes a la tierra que ata,
le clava al golfo sus estacas,
y sobre ellas grácilmente posan,
gaviotas de pelambre,
las cobijas.

Es buque y es albergue:

*tantas veces les han mecido el sueño los oleajes
que, sin del mar el canto suave rozándoles las quillas
no conciben la noche;*

y al arribar a los destinos nuevos,

*la planta no resuelve el asentar cuando el detenerse, perentorio, obliga:
no hay sino moldear, de maderas, grandes cayanas
que sedientas se beban a los indios:
"Unas como casas
en medio de las aguas".*

*No atraen
ni la firmeza del pisar,
ni la abundosa sombra,
ni la caza pronta,
ni el quebrarse insinuante del paisaje:
no es eso, en la tierra, lo que llama para amarrar al hombre a ella,
para ahogarle en el pecho la angustia trashumante,
faltan los muertos:
no el fruto que se exhuma:
iel que se entierra!*

*Ya no existe **Yapú**,
la indiana buena y noble.
Para Caynoh, ya no habrá compañera,
nunca más:
ni más delirio,
ni ardor,
ni ansia;
con Yapú ha enterrado sus quimeras,*

allá,
al pie del roble,
un poco más abajo de las flores,
donde nada se mece,
en la tierra cobriza,
cobriza como ella:
ni en azules ni en verdes ha querido envolverla.

Caynoh la necesita:
sentirla, acariciarla;
la requiere cerca;
requerirla, para él, ahora, es volver a quererla,
de otra manera:
con nuevos modos,
virginales,
poseerla.

Y arde, en el lago, la primera:
se borra una techumbre,
las horconadas plumas de gaviota se mutan en cenizas:
aquí, en la América grande,
no cabe una Venecia:
Yapú no lo permite -la indianita muerta-.

XVII.

En las oscuras callejuelas apretadas,
las famélicas, hacinadas gentes, asientan miasmas en dorados.

Vidrioso el ojo, garras asen el oro;
y el oro ase, impone, alrededor del caserío, un cinturón
de muros ciñéndoles la vida; estragando el sentir, del
cual descuelga los escrúpulos, trizados.

Más allá,
abierto por los muros que a ellos les encierran,
tiene el indiano un continente por poblado.

*Puede el blanco cercarse entre las piedras que le estrangulen sus temores,
el indio no:*

*él, como ave, pequeñito,
necesita un firmamento en circunstancia.*

*A nadie puede interesar el despojarle sus únicos tesoros
de bosques y de aires,
nubes y flores;
no por la abundosidad de sus derroches,
-él los ha visto-,
porque a los otros,
el corazón se les lastra de metales.*

*Bajo el pomposo nombre de Las Siete Villas,
se henchía el extranjero proclamando sus dominios:*

*unos pocos pedacitos le eran suficientes:
eso, y un poco de crueldad, les bastaría para asentar sus reales...
sobre otros españoles;
que ya entonces,
en la mayor de las Antillas,
no había indios entre aprisionadas flores.*

*Es verdad que nunca interesó ni la corola,
ni otro cáliz que el colmado de heces;*

*y ninguno saldría a disfrutar las brisas,
ni la estampada brillantez de los ocasos;
pero importaba él, indiano,
y el muro extendió la mano codiciosa, y le
aherrojó.*

Vivió muy poco:

*moría de fatiga y de tristeza:
no había conocido de otra prisa que el sestear
hurtándole al estilo sus rigores;
ni preocupante deber más acuciante
que disputar al pájaro el fruto de madurez.*

*Mimado de ternuras por la grosura en mieles de su isla,
blando, sencillo,
le mató la crudeza de un rigor avaro;*

desordenadas ambiciones le arrancaron las galas de sus montes,

para amarrarle al río:

*el vestido de verde lo cambiaron en vestido de aguas,
y aterido,*

*con fiebres de impiedad que él no conocía,
decretaron los hados su exterminio...*

¡Los hados no!:

*que el destino es manso,
es blando,
¡es indio!,*

*y, como otro más, le han dado muerte los
maltratos.*

*No quedan otros caminos antillanos
que ir forjando el sino con las manos.*